

La Organización Barrial Tupac Amaru en perspectiva: Más acá de los males sociales

Dra. Virginia Manzano

Durante los últimos días se profundizó la contienda política institucional en Argentina, especialmente virulenta en el centro de un nuevo ciclo electoral que se cerrará con el recambio de cargos ejecutivos provinciales y nacionales. En el marco de esta intensa disputa, el asesinato del joven Jorge Ariel Velázquez en San Pedro, Jujuy, cuando presuntamente retornaba a su barrio luego de cumplir con actividades de campaña electoral, se politizó en apenas pocas horas. Acusaciones cruzadas entre fuerzas políticas colocaron el foco sobre la “verdadera” filiación partidaria del joven pero fundamentalmente se encadenaron una serie de imágenes que proyectan la sombra de una sociedad surcada por prácticas violentas e intolerantes que casi sin vacilaciones se imputan al accionar de la Organización Barrial Tupac Amaru. En cuestión de días, esta Organización volvió a ocupar páginas y pantallas de medios de comunicación masiva para aparecer emparentada con supuestos males sociales como la violencia y la prepotencia, resurgiendo estereotipos acerca de los sectores populares como seres tutelados, pasivos e inmovilizados dentro de una red de dependencia compuesta por estados provinciales, partidos políticos y también movimientos sociales. Cuando los reportes orientan la mirada hacia el norte del país, esas sociedades habitualmente se muestran como condenadas irremediabilmente al atraso y a la perpetuidad de sistemas de dominación, sin siquiera conceder mínima atención a los profundos efectos que el capital globalizado genera en cualquier región del planeta.

Desde hace décadas estudios antropológicos, disciplina de la cual provengo, vienen realizando esfuerzos considerables por interrogar esas imágenes, las cuales inexorablemente simplifican la complejidad que asumen los procesos sociales y la constitución de sujetos colectivos. Desde los arrozales del Sudeste Asiático, pasando por las periferias de París y Londres, hasta los centros urbanos latinoamericanos, se vertebran narrativas que recortan a los sectores populares como sujetos tutelados, dependientes, ignorantes, vagos, faltos de iniciativa y ocasionalmente violentos. Sin duda, merece ser profundizada una agenda de estudio que indague sobre la sociogénesis de esas imágenes y la manera en que las mismas operan en contextos históricos singulares. En esta oportunidad, en cambio, me concentraré en reconstruir algunas dimensiones de las dinámicas sociales y políticas en las cuales se inscribe la conformación y el funcionamiento cotidiano de la Organización Barrial Tupac Amaru con el ánimo de aportar elementos que propicien una mayor comprensión de ese proceso. Para ello

voy a compartir apreciaciones que surgen de mi primera etapa de trabajo de campo en San Salvador de Jujuy durante el mes de octubre de 2014, ciudad a la que llegué tras quince años ininterrumpidos de investigación sobre movimientos sociales en el Gran Buenos Aires.

La Organización Barrial Tupac Amaru se constituyó en el año 1999 como parte de una estrategia gremial de la Asociación de Trabajadores del Estado enrolada en la Central de los Trabajadores de la Argentina tendiente a organizar a las personas desocupadas en un contexto de elevados índices de desempleo en todo el país. Milagro Sala, por ese entonces Secretaria Gremial de esa Asociación, se abocó a la tarea de organizar a los desocupados en distintos barrios de la capital jujeña mediante la puesta en funcionamiento de *copas de leche*. El proceso mismo de constitución de esta organización abre interrogantes acerca de la supuesta pasividad de los sectores populares jujeños, quienes vivirían atrapados en redes de asistencia estatal. Aún más, es posible sostener que gran parte de las redes de asistencia estatal representan resultados parciales de la movilización colectiva que emprendieron desde fines de la década del ochenta los sindicatos nucleados en el Frente de Gremios Estatales en articulación progresiva con sectores desempleados. Cada tarde que visité a mujeres que trabajan como auxiliares en el colegio terciario de la Tupac Amaru, rememoraron conmigo la lucha cotidiana de finales de la década del noventa para reunir dinero, amasando bollitos y empanadas, con el objetivo de sostener la copa de leche, y también la lucha pública, montando *carpeadas* frente a la gobernación de Jujuy, para extender el alcance de los programas sociales hacia los desocupados. Entiendo que más que el lenguaje de la pasividad, los integrantes de la Organización Tupac Amaru se distinguen por el lenguaje de la lucha colectiva, el cual comparten con distintos sectores del Gran Buenos Aires que también se movilizaron durante la década del noventa. Lenguaje a través del cual los bienes dispensados por organismos públicos se viven y significan como conquistas de la lucha y el esfuerzo colectivo.

La asunción de Néstor Kirchner a la presidencia nacional marcó un cambio de escala para la Organización Barrial Tupac Amaru, especialmente cuando en el año 2003 comenzó a implementarse el Programa Federal de Emergencia Habitacional dependiente del Ministerio de Planificación Federal, Inversión Pública y Servicios. Ese programa apuntaba a solucionar la emergencia habitacional y laboral, organizando a los beneficiarios de planes Jefes y Jefas de Hogar en cooperativas de trabajo para la construcción de viviendas. Desde sus inicios, diferentes organizaciones de desocupados conformaron cooperativas de trabajo y se dedicaron a la construcción de viviendas en distintas áreas geográficas de la Argentina. Transcurridos

doce años de aquel momento, los programas habitacionales federales tuvieron un acusado impacto sobre el nivel de actividad de las empresas constructoras, particularmente en el Gran Buenos Aires, pero también posicionaron a los movimientos sociales como creadores de puestos de trabajo. La relevancia de esos puestos es variable de acuerdo con la región del país en la que se localicen los movimientos sociales pero ha sido sumamente significativa en Jujuy. Esto debe entenderse en el marco de una economía provincial que se define por el carácter monopólico y concentrado del sector productivo privado, con escasa presencia de pequeñas y medianas empresas, siendo sus dos actividades centrales la industria azucarera y sus derivados, las cuales vienen expulsando sistemáticamente mano de obra desde la década del setenta, absorbida parcialmente en el Estado hasta la profunda crisis neoliberal de los años noventa. En este contexto, la Organización Barrial Tupac Amaru se abrió camino como otro empleador en la provincia entre la caña de azúcar y el Estado, construyendo hasta el momento 8000 viviendas y poniendo en funcionamiento emprendimientos textiles, metalúrgicos y bloqueras así como un dispositivo de bienestar social que requiere personal en áreas de salud, educación, cultura y deporte.

Quienes integran la Organización Barrial Tupac Amaru perciben ser parte de un movimiento que “cambió a Jujuy”. Un sentido de cambio remite a la transformación urbana del área sur de San Salvador de Jujuy como es Alto Comedero, zona urbanizada por los sectores populares desde el año 1986 pero cuya fisonomía habría cambiado aceleradamente cuando la Tupac Amaru comenzó a construir viviendas en el lugar. Allí, esta organización erigió 3000 viviendas, colaboró con la extensión de servicios públicos (asfalto, transporte de pasajeros, correo postal, etc.) y se esforzó en anclar espacialmente sentidos culturales y de bienestar social tales como el Centro Modelo Integral de Rehabilitación, puestos de salud, polideportivos, parque acuáticos, escuelas de primera infancia, primaria y secundaria, y un centro cultural con salas de cine y teatro.

Otro sentido de cambio se encuentra relacionado con trayectorias personales y familiares, en función del acceso a un conjunto de bienes sumamente significativos a los cuales era espinoso acceder bajo otras relaciones sociales. Es preciso aclarar también que uno de los desafíos explícitos de la Organización Tupac Amaru consiste en inscribir los puestos de trabajo creados en un modelo de bienestar asociado a la redistribución y al acceso a educación, salud y recreación. De ese modo, ser parte o estar vinculado más efímeramente con la Tupac Amaru habilita el acceso a trabajo, vivienda, atención médica, funerales decorosos para los miembros de la organización y sus grupos familiares –beneficio

especialmente valorado-, educación mediante capacitación en oficios o en el cursado de la escuela primaria, secundaria y terciaria, y disfrute de polideportivos, parques acuáticos y centros culturales. Las instituciones educativas ligadas a esta organización son de gestión social e incorporadas a la enseñanza oficial, la escuela primaria común Bartolina Sisa ostenta una matrícula cifrada en 850 alumnos; la primaria de jóvenes y adultos en 460; el bachillerato de nivel medio Olga Aredez 790; el secundario de jóvenes y adultos Germán Abdala 2200; y el Instituto Terciario Tupac Amaru 1800. La experiencia con la Organización Tupac Amaru revive, en muchos casos, una memoria histórica de bienestar en Jujuy que retrotrae al pleno funcionamiento de la planta siderúrgica integrada Altos Hornos Zapla, brutalmente privatizada a inicios de los años noventa.

Trabajar en la Tupac Amaru se reviste de numerosas exigencias y obligaciones, las cuales permiten albergar la duda respecto de cuantiosas elaboraciones de sentido común que aseveran la vagancia de quienes integran esta organización. La Tupac Amaru se realiza en términos comparativos con el empleo público, de este modo fija rutinas orientadas a solucionar de modo “eficaz” y en corto tiempo las demandas de quienes se acercan a sus oficinas. Cotidianamente, en la sede social de la organización, situada en el casco céntrico de San Salvador de Jujuy, personal apostado en las puertas de acceso suele correr tras ancianos que se retiran del lugar preguntándole insistentemente: “doñita la atendieron”. Trabajar en la Tupac también requiere comprometerse en el mantenimiento de una estética. En cada uno de los edificios como la sede central, las escuelas terciaria, secundaria y primaria, el centro cultural o los puestos de salud, se advierte un esfuerzo considerable por la combinación de colores y materiales para crear espacios adecuados, lindos, iluminados, aireados, que contrastan especialmente con el estado de los edificios públicos jujeños que tuve la posibilidad de conocer. Compartí gran parte de mis días con las técnicas agentes sanitarias del puesto de salud de Alto Comedero –casi todas ellas egresadas del Terciario de la Tupac– acompañando el recorrido diario que consuman, durante octubre bajo un sol agobiante, por cada una de las viviendas para prevenir enfermedades o en su defecto para detectarlas y asistir las con premura. Durante el trayecto también nos encontrábamos con integrantes de las cooperativas de construcción quienes debido a la falta de materiales para las obras se dedicaban a limpiar los espacios comunes del barrio. Para numerosas personas, el trabajo en la Tupac representaba una posibilidad para desarrollar una vocación aplazada por contextos económicos y sociales adversos o para aprender alguna nueva habilidad. Consecuentemente la

tarea cotidiana, más allá de sus sinsabores, reportaba cierto placer y disfrute y, especialmente, el establecimiento de vínculos sumamente afectivos con sus pares y los vecinos del barrio.

Otro aspecto al que me interesa referirme concierne a las movilizaciones y los actos políticos que protagonizan los integrantes de la Organización Barrial Tupac Amaru, que son habitualmente mal comprendidos. Durante las últimas semanas, una cadena de noticias difundió un video que muestra un acto público de la Tupac Amaru, donde un locutor vocifera desde el palco *¿Quiénes Somos?*, y una multitud vestida con ropa de trabajo color caqui responde con un grito enérgico: *Tupac Amaru*. El tratamiento de ese video destacaba el armado de hileras, los gritos, y el desfile para ofrecer la imagen de una multitud regimentada, manipulada, irracional y al borde de la violencia.

Durante mis días en San Salvador de Jujuy, observé un acto en ocasión del cierre de campaña del voto boliviano en el exterior, estuve desde muy temprano en el punto de convocatoria. En esa oportunidad, advertí el esfuerzo considerable que se libra para organizar una movilización. Los detalles estéticos son sumamente relevantes como la definición del tipo de vestimenta correlativa al tipo de manifestación, los sonidos, los colores, la disposición de las banderas, la distancia entre los cuerpos y el movimiento de cada uno para producir un efecto de conjunto. En el centro de las columnas los movimientos eran similares a los que ejecutan parcialidades de fútbol, dando la sensación de fuerza en el corazón de la masa, en los extremos, más poblados de mujeres y niños, los movimientos se asemejaban a prácticas de danza -que muchos aprenden en el centro cultural de la organización- generando un cuadro de coordinación, armonía y alegría. Los manifestantes ocupaban la calle y yo me encontraba sobre la vereda muy próxima a mujeres flameantes, es decir aquellas que portan las banderas al inicio de las columnas. Ellas se concentraban en agitar ondulada y suavemente las banderas para tocarlas con las banderas que sus compañeras también agitaban en sincronía desde el otro extremo de la calle, de tanto en tanto me consultaban cómo se veía ese movimiento desde afuera, confiándome el orgullo que sienten cuando ofrecen un espectáculo bien hecho, especialmente emocionante cuando ingresan a las calles céntricas de San Salvador de Jujuy. En suma, las movilizaciones y los actos multitudinarios, análogos a los que protagonizan los integrantes de la Tupac Amaru, son frecuentes en la vida política de todo el mundo, como tan bellamente retrataron investigadores que abordan estas demostraciones públicas en América Latina. Se trata de una dimensión carnal y física de participación política que actúa en simultáneo con otros aspectos más discursivos e intelectuales.

Desde su conformación, la Organización Barrial Tupac Amaru se esmeró en habitar y crear espacios social y políticamente significativos. Tuvo un papel protagónico junto con otras organizaciones sociales para impulsar juicios de lesa humanidad en la provincia. Conmemora la vida de personas que se transformaron en símbolos de la lucha histórica de Jujuy, como el destacado dirigente minero detenido-desaparecido Avelino Bazán. Celebra impactantes rituales redistributivos, como denominamos los antropólogos, acorde con el calendario festivo y de celebraciones, día reyes, día del niño y día del maestro, también desfila en la fiesta del estudiante o en épocas de carnaval. Ocupa las calles para manifestar adhesión hacia políticas del gobierno nacional, en campañas electorales, asambleas o para incidir en la política regional. Además, desde el año 2013, integra con cuatro diputados electos por el Frente Unidos y Organizados por la Soberanía Popular el parlamento provincial.

Es indudable que la Organización Barrial Tupac Amaru se ha convertido en una de las presencias centrales en la provincia de Jujuy durante los últimos quince años, prácticamente nadie en aquella geografía se mantiene neutral frente a la misma. Desde sus miembros originarios hasta quienes están procurando ingresar. Desde aquellos que mantienen vínculos profesionales o intelectuales hasta parientes de los cientos de miles que integran la organización. Desde quienes trabajan cotidianamente en la Tupac hasta quienes ocasionalmente reciben atención médica, escolar o simplemente disfrutan de las piletas en verano. Desde los espectadores hasta los que participan activamente en festivales del día del niño y reyes. Desde aquellos que manifiestan abiertamente su descontento hasta quienes decididamente confrontan en el campo político y social con la Tupac. De acuerdo al lugar que las personas ocupan en esa profunda trama de relaciones sociales producen imágenes ambivalentes que oscilan situacionalmente entre el reconocimiento y la condena.

Presenté hasta aquí algunos elementos que reconstruí durante mi trabajo de campo, siguiendo cotidianamente a personas comunes que dan vida a la Organización Barrial Tupac Amaru. Pero volviendo al inicio, ¿por qué la Organización Tupac Amaru tiende a convertirse de modo cíclico en un sitio donde la sociedad deposita sus males y ansiedades?; ¿por qué de modo recurrente se les niega el carácter de sujeto social a sus integrantes o se los visualiza a través de lentes que los fijan en la violencia, la vagancia, la prepotencia, la manipulación y la dependencia? Ciertamente estos interrogantes no pueden responderse con los datos que expuse en este escrito, puesto que la construcción de estereotipos no se corresponde exclusivamente ni con el funcionamiento cotidiano ni con el proceso de surgimiento de la

Organización Tupac Amaru. Por eso mismo, las respuestas habrá que buscarlas en otro lugar y con otro tipo de investigación social.

Por último, deseo cerrar estas líneas retornando al hecho con el cual inicié estas reflexiones: el asesinato de Jorge Ariel Velázquez. Es altamente probable que en pocos días el nombre Jorge Ariel Velázquez, como ha pasado de sobra con otros nombres, terminó de resonar en los medios de comunicación masiva y en las redes sociales, especialmente en Buenos Aires. Sin embargo, el esclarecimiento de su crimen es un deber ético al que no debería renunciar ninguna fuerza política y social así como tampoco ningún ser humano comprometido con la vida en general y con la cuestión pública en particular.